

## Las flores llegan con el rocío

*El Nacional*, 1956-03-09.

De noche son puntos de luz, como luciérnagas. Se encienden y se apagan sobre la espalda, después sobre el vientre y luego en los pies del Avila como gusanos de luz. Ahora que hay luces en el terminal del teleférico impresionan menos. Pero hasta hace unos meses, cuando aparecía aún virgen el negro macizo del corpachón avileño, el signo del farol del hombre transportando flores del Galipán a lomo de bestia en noche cerrada para que llegasen frescas como el rocío en la madrugadita alumbraba dulces rincones de ensueño infantil.

El encanto está a punto de romperse, porque las bestias tienen ahora un competidor de ruedas: la camioneta.

Vencidas hace tiempo sobre el piso de macadam y cemento de la ciudad, las bestias soñaban todavía con mantener el desafío de la rueda cerro arriba, por veredas y caminos de invierno que ellas conocían tan bien. Guardaban celosamente el privilegio de venir cargadas con los atados de flores frescas de los jardines del Avila. Y salían cerro abajo de noche trancada, presumidas, con las cinchas bien ceñidas, la carga parejita, oliendo a nardo y a capullito de alhelí, seguras de cruzar la noche con el rocío y llegar para la madrugada.

Pero hace como un año, una tarde de corte de gladiolas y calas en el jardín de los Brito Carvallo en San Isidro, se presentó una camioneta del valle de Caracas con sus dos ojos apagados. Era el desafío en su propio terreno. El artefacto continuó después su camino hacia Manzanares y San Antonio y San José, mirando al mar, hacia La Guaira.

"Ese bicho feo no pasa por esos caminos de noche", se dijeron las bestias al emprender camino. No habían llegado a la fija cuando les espantó con sus ojos prendidos y su corneta, y se les adelantó cargado de gladiolas y claveles de San Antonio.

Desde entonces las bestias viven como un poco humilladas, con el aire triste de estar diciendo con las orejas: "¡Qué se le va a hacer, son los nuevos tiempos!"...

\* \* \*

Las flores que llegan a reír y llorar en Caracas son del Galipán. Pero el Galipán es San Isidro, que es la parte más alta, y además Manzanares, San Antonio y San José, bajando de la fila para allá, hacia La Guaira.

En la vertiente del Avila que da al valle de los Caracas no se crían flores. Los jardines del Galipán están todos mirando al mar. Es la tierra y el agua, es el sol y el aire. El clima que requiere el cultivo de la flor es tan particular que hasta de Valencia, de Barquisimeto y de Puerto Cabello vienen en avión y en carro a buscar las del Galipán.

También cultivan algunas zanahorias, repollos, ajoporros y nabo, y recogen duraznos, lechosas, cabellos de Angel, higos, naranjas, cambures, parchitas y fresas que

llevan al mercado de Quinta Crespo; pero el cultivo que da nombre a los jardines del Galipán son las flores. Y recalcan desde hace muchísimo tiempo en la primera esquina con que tropiezan al llegar a Caracas:

– Esta es la esquina de San Luis –me dice Narciso Morales, asomando el rostro entre calas y gladiolas.

– Pero ahora que han roto las esquinas para ensanchar la Norte-Sur, ya no es la misma...

– Yo no sé –insiste simplemente– pero el nombre "que le reconozco" yo a ésto desde muchacho es la esquina de San Luis.

\* \* \*

En los jardines del Galipán se dan toda clase de flores. Algunas especies, como la gladiola, se obtienen de semillas holandesas que se consiguen en la cava de El Valle, pero la mayoría nacen de semillas criollas.

Los cultivadores son de la región o llevan mucho tiempo en ella. Tienen, a tan poca distancia de la capital, su giros idiomáticos particulares, su manera de fumar pipa y calar el sombrero de pelo de guama, su forma de ser montañeros, hasta su retraining peculiar de campesino.

Magdaleno Díaz, un hombre anguloso y largo, descargaba de su bestia enormes abrazos de ataditos de hortensias, calas, azucenas y lirios frescos, tiesos, como recién cortados, cuando le pregunté:

– ¿Hay algún cultivador extranjero en los jardines?

– "Musiús no, pero isleños sí hay"...

Uno de estos isleños que no es musió es Francisco Brito Carvallo, de Santa Cruz de la Palma:

– "Hemos cinco o seis nada más"... "Un hermano mío se vino primero, le gustó y me llamó. Este es el sitio, me dije, y me quedé, me casé y tengo un niña de ocho meses"... "Aquí la flor es fácil. Tengo tres hectáreas y media de tierras de cultivo. Lo que las flores necesitan es un poco de verano, porque llueve hasta demasiado"...

Y requiere mucho cuidado; ese cariño que él pone al hablar de sus flores y de su trabajo. Después, tienen que ayudarles el tiempo, claro. Ahora, por ejemplo, ya llevan quince días de verano y pueden cortar flor todos los días.

– ¿A qué hora es mejor?...

– A cualquiera; la flor se puede cortar allá arriba a cualquier hora del día.

Quien parece más enterado del tiempo y de sus milagros y supersticiones es Narciso Morales, un hombre menudo y locuaz que lleva un tiempo en Caracas y sabe lo que es un reportaje. Dice él que hay "tres meses de invierno, después tres meses de verano, y vuelta a empezar" con algunas alternativas. Total, que cambia el "temperamento" cada tres meses. En verano "merma" la flor un poco, pero demasiado invierno tampoco es bueno. Ahora, a fines de febrero o principios de marzo, hay lo que llaman "la cabañuela", una voz supersticiosa aplicada a la vida agrícola para decir "techo bajo", neblina lluviosa, que pudre la flor.

A veces una siembra de flores se da mejor que otras. "Esta azucena se me ha dado muy buena –decía uno a su presunto comprador–. Llévase, que es una flor muy tentadora y me la van a quitar".

En los jardines del Galipán no se necesita riego. Hay veces que tardan 40 y 45 días, como el año pasado, sin ver más sol que el que les calienta cuando bajan a Caracas. La flor se cultiva allá "a la voluntad de Dios". El abono que usa la mayoría es el de bestia. Recientemente se están probando algunos abonos químicos, pero es una novedad. Angel Carvalho, hermano de Francisco, ha conseguido una azucena "escandalosísima, fenómeno" con la ayuda de un "veneno" (abono químico) muy bueno.

\* \* \*

Hasta hace alrededor de un año se transportaban las flores a paso de bestia solamente. Desde que "acomodaron" un poco el camino ya tienen los amortiguadores de carro a su disposición. Ahorita hay dos camionetas que se dedican a este acarreo.

Poco a poco, el vehículo irá sustituyendo al animal. La bestia se demora algo menos de una hora bajando y casi tres de regreso. No es mucho, pero tiene algunas desventajas importantes frente al vehículo de motor: 1º, la flor se estropea más con el traqueo de paso de bestia (por bien que presen el atado) que con el movimiento de la camioneta; 2º, con la bestia no se puede bajar la flor durante el día, porque se calienta y se estropea, mientras que en carro no sufre daño alguno. Por eso era que antes bajaban las flores sólo de noche; ahora llegan y se venden a cualquier hora del día.

\* \* \*

Pero a pesar de todo, mediodía es mal calor para exhibir flores. Tienen tiempo de secarse después de vendidas. Para cuando comienzan a llegar las camionetas ya son las cuatro y media o cinco; y las bestias vienen llegando por recuas cortas de dos o tres o cuatro en el curso de toda la noche. Los días de más afluencia de flores son jueves y viernes. Son veinte, treinta, cuarenta vendedores de flores al por mayor con su preciosa mercancía de colores extendida en el suelo, sobre lonas, sobre sacos. Los campesinos se acomodan sin estorbarse, uno al lado del otro, con los colores de las flores casi juntos, combinando preciosas banderas vegetales de paz y de fiesta. Y hay voces de amigo y de compañero que cruzan el aire sobre las flores, sobre las cabezas, sobre las bestias, que también son parte del grupo:

"¡Ah, Pepe, ven acá!"...

– ¡Ah, burro!"... "¡Echale un cuerazo al burro, para que se me venga pa'cá!"...

Martín González va liando grandes paquetes de 60 y 70 kilos, por ataditos cortos de ocho, diez flores: "Cuanto más apretada se ponga la flor, menos se estropea"...

Reclaman un vuelto a alguien que pasó al lado:

– Dame los dos bolívares...

– No tengo sencillo...

– Búscalos y quedamos tan amiguitos y en gracia de Dios...

\* \* \*

Y Martín sigue explicando a su comprador: "...así la azucena queda cubierta; tiene los claveles debajo y más claveles encima, y queda tapaíta... Antes le puse 60 docenas de calas en cada bulto; allí iban las gladiolas criollas y los nardos blancos,. Y aquí va mi ñapa", le da a la mano unos manojitos de capullitos de alhelí.

"¡Me quedan 400 claveles, Segundo!"... Y se siguen con la vista uno a otro, noblemente: "¡Mira cómo se llevan la azucena de Juan"... y se alegran. "La cal de Martín está a peseta"...

Y para las ocho y media o nueve la esquina de San Luis comienza a descongestionarse un poco. Los claveles desde el rojo vivo hasta el rosadito, las calas blancas, las gladiolas de diversos colores, los lirios "moraditos", los *ámame buenamoza* como hijitos de margarita, los *nidos de amor*, los nardos blancos, los *botón de oro*, las margaritas, las *espuelas de galán* y los *dragones* multicolores van tomando al azar sus efímeros destinos de perfume y de colores, a llorar un alto o alegrar un bautizo o una boda o a llegar de sopetón en un ramillete con mensajes que nadie puede llevar como una flor, con desenvoltura bien distinta de la humilde intención que pusieron las manos campesinas que la cultivaron.

En cuanto se les habla de precios, los vendedores se encogen de hombros y tuercen un poco el gesto. Hay precios "buenos y malos", y quedan taimaditos, como si hubiesen dicho algo. No quieren que les interpreten mal. Ellos son los mayoristas. Los revendedores tienen que ganarse su pan también. Además, los precios cambian mucho de verdad. Cambian casi todos los días. Los capullitos de alhelí se venden más o menos a bolívar el paquetico; las azucenas varían hasta de 10 a 40 bolívares el ciento, según calidad y días; el clavel, desde 15 a 50 y hasta 80 bolívares el millar; la cala, de 3 a 4 bolívares la docena; el lirio varía desde un humilde real la docena hasta 12 bolívares en noviembre; el nardo, la flor más fina del Galipán, desde 2 hasta 10 bolívares la docena; el botón de oro y la margarita, de 10 a 15 el millar; la espuela de galán y el nido de amor, a bolívar la docena de flores.

Y cuando ya suben de regreso con su luz de farolito en la noche se llevan 200 o 400 o hasta mil bolívares de flores vendidas. Estos son los "totales" que ellos hacen cuando bajan a Caracas. Hay tardes que se reúnen en la esquina de San Luis 50.000 y 60.000 bolívares de flores, y en noviembre alcanzan los cien mil. Regresan los campesinos con el Kerosén, el arroz y el aceite que necesitan sus mujeres en las cocinas, y alguna que otra golosina para sus hijos, porque un viaje a Caracas supone para los niños del Galipán la fiesta de llegar a la ciudad de los carros, los dulces, los juguetes maravillosos, las vidrieras y las tantas cosas simples que llenan el mundo del ensueño infantil. No los traen, sin embargo, más que en solemnidades de comunión, bautizo o alguna fiesta grande, porque "es un viaje muy cansado"...

\* \* \*

– Y, ¿cómo han recibido al teleférico allá arriba?...

El campesino del Galipán, como todos los campesinos del mundo, es muy cauto ante la novedad:

– Pues, bien...

– Pero ahora el viaje a Caracas es más fácil –insisto.

–Para los que viven en San Isidro, les queda muy cerca, unos 300 metros. Para los de San Antonio, Manzanares y San José les queda muy a desmano; pero claro que es una ventaja...

– ¿Y para el transporte de flores?:::

– Bueno, resulta un poco caro, porque hay que contar con llegar hasta el terminal del teleférico, después pagar por la carga y por su propio pasaje, y volver a pagar para venir de Maripérez aquí... Y después el regreso otra vez... Y queda con aire tan casado como si hubiese dado la vuelta al mundo caminando.

El hábito de venir a la esquina de San Luis les impide siquiera pensar que podrían venderse las flores en otro lugar que no sea la tradicional esquina de las flores, en Maripérez, por ejemplo.

Por ahora les basta enfrenarse a la novedad de la camioneta, que ya ha dos funcionando. El reto seguirá por un tiempo amarrado aún a sus bestias, subiendo despacito con las luces de sus faroles apagándose y encendiéndose a cada va y ven, como gusanos de luz, para los que miramos desde lejos, desde el valle alumbrado, el negro macizo del Avila.